



NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL COBRE (CUBA)

CAPÍTULO XIV

Nuestra Señora de la Caridad del Cobre (Cuba)

SUMARIO.—I. Cuba. II. Feliz hallazgo. III. Origen de la Santa Imagen. IV. Primera capilla. V. El Santuario.

I

CUBA

Á la entrada del golfo de Méjico se levanta del fondo de los mares la isla de Cuba, la más extensa, poderosa y rica de las Indias occidentales. Por sus bellezas naturales tiene bien justificado el título de *perla de las Antillas*, con que es generalmente conocida.

Hállase comprendida entre los grados 19° 48'30 y los 23° 12'45 latitud norte. En su mayor longitud mide mil doscientos ventidós kilómetros y en su mayor anchura doscientos seis, y su superficie, comprendiendo los islotes que esmaltan sus aguas litorales y que en el país denominan *cayos*, es de ciento setenta y ocho mil ochocientos treinta y tres kilómetros cuadrados. La población llega ahora á millón y medio de habitantes. El clima es cálido y húmedo y se resiente la proximidad del golfo de Méjico, uno de los mayores focos de calor del globo y patria de la fiebre amarilla.

Lo que la hace verdaderamente hermosa es su espléndida vegetación. Calcúlase que la acción productiva del suelo es dieciocho veces mas enérgica en

Cuba que en los países de Europa medianamente fértiles. La selva virgen cubana presenta todos los caracteres de frondosidad y exuberancia, que caracterizan á la flora ecuatorial americana. La calma más profunda, un reposo sublime y cierta majestad selvática á la par que melancólica dominan el paisaje. El rumor producido por el viento al agitar las ramas de los árboles, el canto de las aves, el zumbido de los insectos y esos mil rumores vagos, indefinidos é inexplicables que se alzan del seno de la naturaleza, forman la música de cuadro tan grandioso. Plantas trepadoras constituyen tupida red enlazando árboles de todas especies y dimensiones, hasta formar del bosque un todo compacto, en el cual no se puede penetrar si no siguiendo los senderos estrechos y tortuosos trazados por el ganado, ó abriéndose paso con el machete. Las tales enredaderas se llaman comunmente *lianas* ó *bejucos*. Á éstas hay que añadir otras plantas parásitas, que viven en su compañía, y cuyos tallos, gruesos como cables, se enroscan en los troncos de los gigantes del bosque hasta impedir en ellos la circulación de la savia y dejarlos muertos y carcomidos. Las principales de estas especies son el *jagüey* y el *copey*.

Son abundantísimas las plantas alimenticias, sabrosas y sanas, tales como el plátano, que para los campesinos suple al pan, la batata, la yuca dulce, el sagú, el ñame y la papa. Las frutas son variadas y de gusto delicado. Citaremos la piña, el nispero, mamey colorado y amarillo, la guayaba, el aguacate y otra infinidad. Entre los árboles sobresale la palmera, de la cual han sido clasificadas treinta y dos especies. Entre los vegetales más útiles se encuentra la caña de azúcar, el tabaco y el café, que constituyen la riqueza de innumerables haciendas y son los artículos del principal comercio.

El aspecto de toda la isla de Cuba es embelesador

por la multitud de puertos abrigados que existen en sus dilatadas costas, por sus montañas todas alfombradas de verdura y por los valles regados por más de doscientos ríos de escasa anchura, pues apenas nacen en las montañas, han de desembocar en el mar.

Colón descubrió esta grandiosa isla el 27 de Octubre de 1492, y quedó admirado de la extensión de sus costas; y hasta se convenció de que era tierra firme. Su conquistador fué Diego Velázquez, que fundó las ciudades más importantes, como Habana, Santiago, Puerto Príncipe, Sancti-Spiritus, Bayamo, Baracoa. Diversas naciones habían querido arrebatarse á España esta rica perla de su corona, pero no lo pudieron lograr. Á causa de que la metrópoli no siempre enviaba para el gobierno y administración de la isla hombres probos, morigerados, de arraigadas creencias religiosas, que procurasen el progreso y la cultura de los naturales, éstos lucharon para obtener la independencia. Los Estados Unidos apoyaron á los insurrectos; y por el tratado de París de 1898, España renunció para siempre á Cuba y á Puerto Rico. La descubridora del Nuevo Mundo quedó así sin un palmo de tierra en esta América, que Dios le había concedido para premiar su fe y sus hazañas en ocho siglos de guerra contra los agarenos. España ha ganado materialmente con la pérdida de las colonias, pues á causa de la pésima administración de sus ministerios conservador y liberal, presididos por Cánovas del Castillo y Sagasta, sólo le imponía sacrificios pecuniarios y la flor de su juventud. Lo sensible es el modo con que fué despojada de su dominio.

El primero de Mayo de 1902 los Estados Unidos concedieron la independencia á Cuba; pero reteniéndola atada con trabas tales, que en día quizás no lejano le sirvan de pretexto para declarar su anexión.

La capital de la República de Cuba es la pintoresca

ciudad y puerto de la Habana, de bahía tranquila como un lago, defendida por el famoso castillo del Morro. Su población se acerca á doscientos cincuenta mil habitantes.

En lo eclesiástico Cuba estaba dividida en dos diócesis; el arzobispado de Santiago, erigido en 1522 por Adriano VI, y el obispado de la Habana, que lo fué en 1787 por Pío VI. El año de 1903 León XIII creó las diócesis de Cienfuegos y Pinar del Río.

Dos templos hay en la isla consagrados á la Santísima Virgen, á los cuales van los cubanos en piadosas romerías. El más importante es el dedicado á Nuestra Señora de la Caridad y de los Remedios, más conocida con la advocación de *Nuestra Señora del Cobre*, de la villa en que es venerada. El Cobre, que dista cuatro leguas de la ciudad de Santiago, cuenta tres mil quinientos habitantes. Su término es montañoso y muy abundante en minas del metal que da su nombre á la villa y al ayuntamiento, y lo riegan los ríos Cauto, Casabe, Caimanes, y algunos brazos afluentes del Yarayabo.

II

FELIZ HALLAZGO

En cierta mañana de 1607, ó según otros de 1608, dos hermanos indígenas, llamados Juan y Rodrigo de Joyos, y el criollo Juan Moreno, que frisaba en los diez años, fueron enviados por el administrador de la estancia ó hato de Varajagua á buscar sal en las orillas de la bahía de Nipe. Denominanse *hatos* ó estancias los establecimientos, que en tiempos antiguos se destinaban á la cría de ganado vacuno y preparación de carnes, que cortadas en largas tiras y convenientemente

saladas, se dejan secar al aire libre, defendiéndolas de la lluvia. La carne así preparada se llama en España y Cuba *tasajo*, y en algunas Repúblicas americanas *charqui*. Componíanse dichos establecimientos, además de la habitación del dueño ó administrador, de cobertizo para la matanza, y casas ó bohíos fabricados de palmas y yaguas para los trabajadores de la finca.

El hato de Varajagua pertenecía al gobierno español y se hallaba á cuatro leguas del Real de las minas de Cobre. Era muy extenso, contaba con numerosos potreros ó dehesas, donde pacía numeroso ganado, y surtía con abundancia de carne al pueblo. La sal, que es uno de los elementos más indispensables para su industria, la recogían en las salinas naturales que se encuentran en toda la costa norte de la isla y especialmente en la bahía de Nipe, que fué el punto señalado á los indígenas y al criollo á quienes hemos hecho referencia.

Llegados á la orilla, encontraron el mar agitadísimo á causa del fuerte viento que soplaba acompañado de copiosa lluvia. Viendo que les era imposible ejecutar la tarea, se refugiaron en el bohío llamado Cayo Francés, donde permanecieron tres días, al cabo de los cuales, serenado el tiempo, pudieron embarcarse en débil canoa y dirigirse á las salinas de la costa. Serían como las cinco de la mañana, cuando alcanzaron á descubrir entre las brumas de la aurora un bulto, que, flotando sobre las aguas, venía hacia ellos. Creyeron al pronto que era una ave acuática que á ellos volaba; pero se hallaron agradablemente sorprendidos al reconocer que era una devota imagen de la Virgen María. Venía ésta sobre una pequeña tabla en la cual leíase la siguiente inscripción: *Yo soy la Virgen de la Caridad*.

La altura de la imagen es como de quince pulgadas. Su rostro redondo, de color blanco, y con cierto aire español. En el brazo izquierdo tiene á su divino Niño,

pequeñito, sosteniendo en una mano la esfera, símbolo del mundo, y la otra levantada en actitud de dar la bendición. Todo su aspecto inspira respeto y veneración.

Tomaron los felices tripulantes aquella preciosa joya, cual inestimable don enviado del cielo, y notaron en ella que ni la orla del vestido de la Señora se había mojado. Enajenados de gozo, recogieron de priesa tres tercios de sal, y regresando á Cayo Francés, colocaron la imagen en una barbacoa, mientras se preparaba el modo de conducirla al hato de Varajagua.

No tardaron mucho tiempo en hacer el traslado; pues noticiosos los dependientes y trabajadores de la visita que les venía, dispusieron un modesto altar y rebosando alegría salieron á recibirla. El Mayoral del hato despachó un mensajero, que diera cuenta de lo ocurrido al Administrador Real de minas del Cobre, D. Francisco Sánchez de Moya. Ordenó éste, que se le fabricase desde luego ermita, y envió una lámpara de cobre para que ardiese constantemente una luz delante de la imagen. En pocos días estuvo construída la ermita de encujado y palma, y encargóse de cuidar de la lámpara Diego de Joyos, hermano de los afortunados descubridores de la Virgen.

No satisfecha todavía la piedad del Administrador, envió una comisión de sujetos competentes, presidida por el Sr. Cura del pueblo, para que levantase entera y cabal información de lo sucedido, y condujese procesionalmente la imagen al pueblo del Cobre. Los comisionados, después de haberse postrado de hinojos ante la imagen en su pobre ermita y haber entonado varios cantos en su honor, recibieron de los testigos información detallada acerca de la aparición, y dispusieron unas andas que adornaron del mejor modo posible. En ellas colocaron la efigie milagrosa, y cargándolas sobre sus propios hombros, rodeados de todos los vecinos del hato,

se dirigieron al Cobre. Detuviéronse en el Corralillo por orden del Sr. Sánchez de Moya, mientras el pueblo se preparaba para recibir dignamente á la Señora. Las casas se vistieron de gala con palmas y colgaduras; los habitantes en masa, con la milicia y el Administrador, que llevaba el pendón real, se dirigieron en procesión al Corralillo. Puestos en presencia de la santa efigie cayeron de rodillas; el Administrador, después de tremolar el pendón real, lo abatió ante ella y la reconoció por Reina de la isla. Rompieron en seguida la música y las salvas de artillería, y entre vivas y aplausos, fué conducida la Virgen al pueblo y se la colocó en el altar mayor de la iglesia parroquial.

Dejémosla allí mientras retrocedemos á averiguar su origen, que aunque envuelto en tinieblas, podemos descubrirlo con seguridad moral.

III

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Alonso de Ojeda fué uno de los más diestros y valientes capitanes que vinieron al Nuevo Mundo. Contaba 28 años cuando acompañó á Colón en su segundo viaje. Un historiador hace de él esta descripción: «era pequeño de estatura, ágil hasta causar sorpresa, y en todos los ejercicios de las armas maestro consumado; tenía el genio pronto y la vista perspicaz; era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles, pendenciero y duelista, pero hondamente creyente y por extremo observante de sus deberes religiosos». Enseñado á combatir en las guerrillas contra los moriscos de Granada, nadie le aventajaba en este género de combates; así es que se distinguió en la conquista de la isla de Santo Domingo. Hubo día que

con solos 50 soldados derrotó á diez mil indios. Regresó á España, y por su cuenta armó un flota para hacer nuevos descubrimientos. Recorrió la isla de Trinidad, las costas de Venezuela, y llegó cerca de la actual Cartagena en el golfo de Darién. Construyó una fortaleza llamada San Sebastián, pero eran hostigados continuamente por los feroces indios. Estaban ya próximos á morir de hambre, cuando llegó un pirata, de apellido Talavera, que les vendió á precio de oro algunas provisiones que tenía en su bergantín y había robado en la Española. Entonces Ojeda resolvió ir personalmente á buscar recursos en esta isla. Se embarcó con algunos compañeros en el bergantín de Talavera, dejando los demás á las órdenes de Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú. Apenas el pirata tuvo al gobernador del Darién en su poder, lo encadenó y rehusó darle libertad.

Desatóse frente á la isla de Cuba furiosa tempestad, que amenazaba sumergirlos en el abismo. Talavera soltó entonces á Ojeda para que los librase del naufragio, porque no sólo era jefe de primer orden, sino también hábil marino. Desgraciadamente era ya sobrado tarde cuando acudieron á pedirle consejo. La embarcación se estrelló contra los arrecifes de la costa y se hizo pedazos, logrando salvarse la tripulación. Más los indígenas, escarmentados con los vejámenes sufridos por los moradores de Santo Domingo, no quisieron favorecerlos, y temiendo ellos que les quitasen la vida, principiaron á correr las orillas cenagosas de la isla. Muchos murieron de hambre y de fatiga en los pantanos, por medio de los cuales habían de transitar de día, pasando las noches abrazados de los mangles para no perecer ahogados. De esta manera habían caminado cuarenta días, habiendo perecido la mitad de los compañeros, cuando lograron salir del pantano y ser recibidos con hospita-

lidad por el cacique del caserío cercano de Jagua. Allí se repusieron de sus penalidades y cobraron aliento para seguir trabajando por Dios y por su patria.

Deseoso Ojeda de manifestar su gratitud al cacique, le regaló la estatua de la Santísima Virgen, que siempre llevaba consigo, á quien se encomendaba en el ardor de las refriegas y que le había sostenido en sus desmayos. Le explicó del modo mejor que pudo los principales dogmas del catolicismo y cuanto concierne al culto de la Madre de Dios, y le ayudó á construir con sus propias manos humilde ermita á la efigie, que fué la primera que hubo en la isla.

El bondadoso cacique escuchó atento el discurso, y aunque no entendió perfectamente la explicación, concibió profunda veneración hacia la imagen bendita de la Reina de los cielos. Este sentimiento lo infiltró en el corazón de sus vasallos, los cuales procuraron mantener aseado el oratorio, lo adornaban con colgaduras de algodón elaboradas por ellos mismos, le ofrecían donativos, compusieron cantares que entonaban al son de instrumentos rústicos y bailaban candorosamente en su presencia.

Un prodigio singular atestiguado por tradición constante, hizo que los indios de la tribu se confirmaran en la fe y en el amor á la Madre de Dios y de los hombres.

Cuando Ojeda era huésped todavía del cacique de Cueiba, hubo de ayudarle en la guerra que éste tuvo con su vecino. Viendo los enemigos que Ojeda siempre salía victorioso, pensaron que no podía atribuirse tal fortuna sino á la protección de la Virgen que le acompañaba, y quisieron experimentar si sería más poderosa que sus ídolos. Á este fin se reunieron los caciques de ambos ejércitos, y convinieron en dejar en una llanura dos jóvenes por cada parte, perfectamente ligados con cordeles, implorando el auxilio de sus dioses. Aquéllos

que sin humano auxilio quedaran libres de las ataduras proclamarían la victoria, entregándose como vencido el ejército contrario. Así lo verificaron. Dos jóvenes invocaban á los ídolos y los otros dos, instruidos por Ojeda, invocaban al Dios de los cristianos poniendo por intercesora á la Virgen Inmaculada no cesando de repetir: *Ave María, Ave María*. En aquel instante se cortaron las cuerdas de éstos, y entusiasmados dieron el grito de victoria. Con esto quedó perfectamente establecido el culto de la Madre de Dios.

Poco después Ojeda y sus compañeros fueron recogidos por Esquivel, gobernador de Jamaica, enviado por Pánfilo de Narváez (1).

El Padre Fray Bartolomé de las Casas, que es el que ha conservado memoria de estos hechos, añade una anécdota en que él mismo fué actor.

Un día, después de la partida de Ojeda, llegó á Cueiba y celebró la santa misa en la ermita, que estaba limpia como la plata, y asistió buen número de indios, que oyeron atentos la instrucción catequística que les hizo y le presentaron los niños para que los bautizase. Como tuviese gran deseo de poseer la famosa imagen de Ojeda por la estima en que la tenía este conquistador, propuso al cacique cambiársela por otra que llevaba consigo; pero éste dió respuesta evasiva, anduvo todo aquel día pensativo, y al siguiente no compareció. Al ir Las Casas á celebrar en el oratorio notó que la preciosa efigie había desaparecido del altar. El cacique, cogiéndola de noche, había huído á ocultarla en el bosque.

(1) Ojeda murió años después, desengañado del mundo por injusticias que cometieron los hombres. Se había acogido al convento de los frailes menores de Santo Domingo, y pidió que se le enterrara á la entrada del templo, para que su tumba fuese hollada por los que iban á orar y castigar así sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

Inútilmente se le envió un mensajero asegurándole que no se le quitaría la reliquia. No salió del bosque hasta que supo que el Padre se había retirado del pueblo; entonces colocó de nuevo la estatua en el altar.

La devoción fué propagándose rápidamente, y era tanto el afecto de los indios á Nuestra Señora de la Caridad, que cada vez que los conquistadores se acercaban al cacicato, trasladaban la imagen al bosque y la escondían entre las espesas ramas de los árboles. Así se explica que en una de esas ocasiones los ríos salidos de madre arrastrasen la imagen hasta la bahía de Nipe, donde la encontraron los indios y el criollo.

IV

PRIMERA CAPILLA

Tres años permaneció la santa imagen en el templo parroquial, cuando un suceso, que se creyó milagroso, hizo conocer á los vecinos del Cobre que la Señora deseaba tener capilla separada. Una niña inocente, llamada Apolonia, yendo un día á buscar á su madre, que se hallaba en las minas, creyó ver la imagen bendita sobre una peña en el mismo sitio donde tiene hoy su altar. Bajó corriendo al pueblo dando voces de que la Virgen de la Caridad estaba en el cerro. Examinada por el párroco, dió respuestas al parecer tan sinceras, que se resolvió erigir una capilla de cujes y embarrado y cubierta de teja; pero hubo desacuerdo acerca del sitio donde debía erigirse. Unos querían que fuese en la misma roca donde la había divisado Apolonia; otros que en el lugar conocido por la Cantera; y no faltaron quienes se decidieron por un cerrito que está camino de Santiago. Como no era fácil conciliar tan diversas opiniones acordaron implorar las luces del Espíritu Santo.